

CAPÍTULO IV.

PIO VII.—RELACIONES DEL JÓVEN MASTAI FERRETTI

CON AQUEL PONTÍFICE.

LA Iglesia de Dios necesitaba tener sus llaves depositadas en las manos de un pontífice extraordinario, pues extraordinarias, excepcionales circunstancias eran las del mundo al empezar el siglo XIX. Pocos siglos cuenta la historia que hayan empezado con agitacion social tan profunda y violenta.

Todos los principios constitutivos del orden y de la civilizacion estaban entregados á la discusion universal, que es como decir, reducidos al estado de problemas.

Era necesario sostener muchas afirmaciones antiguas, y afirmar olvidadas ó desconocidas verdades.

Era necesario un hombre de nervio y de doctrina, capaz de sobreponerse con el valor y con la luz á las tinieblas y á los combates.

Bernabé Luis Chiaramonti, nacido, como su antecesor, en Sesano, legacion de Forli, llamado por Dios al claustro benedictino, contaba sesenta y dos años de edad al subir á la silla apostólica. Por sus virtudes y ciencia Pio VI quiso elevarle á la dignidad episcopal; señalóle primero la silla de Tívoli y despues la de Imola, que algunos años mas tarde habia de recibir un nuevo y mas glorioso esplendor ocupándola el venerable Mastai, hoy Pio IX. En 1785 recibió la sagrada púrpura.

El cardenal Chiaramonti era uno de aquellos caractéres que fácilmente dominan las situaciones, formulando sobre ellas apropiado juicio; uno de aquellos hombres de genio que no pueden permanecer alejados del movimiento de las doctrinas y de los hechos. Desde su silla episcopal de Imola dejaba oír su palabra, reconocida ya como expresion de una de las mas notables ilustraciones de la Iglesia. Calificábasele de varon moderado, prudente, re-

flexivo, así como de un prelado decidido é imperturbable. ¡Digno concepto que el Cardenal justificaba con sus actos y con sus enseñanzas!

Cuando la invasion de los Estados pontificios por los franceses, el pueblo, ávido de conocer el camino conveniente y de recibir luz autorizada, para juzgar determinadas doctrinas, el Obispo de Imola pronunció y publicó una homilía que obtuvo ruidosa fama.

Citarémos de ella tres ó cuatro párrafos referentes á los deberes políticos, pues en ellos se revela suficientemente la noble altura en que sabia colocarse para examinar y decidir.

«Los deberes respecto á Dios, decia aquel documento, no son los únicos; hay obligaciones subalternas que á sí propio se refieren. Los principios puros de la razon, la misma organizacion física del hombre, la irresistible tendencia que este siente á procurar su felicidad, le impulsan á buscar su conservacion, su bienestar, su perfeccion.

«Si desnudo de toda preocupacion engañosa fija en sí propio la mirada, descubrirá en sí un rayo de grandeza que le consuela elevándole; pero no se le ocultarán al mismo tiempo algunas sombras de las miserias que le humillan. Las pasiones fueron en la vida del hombre el móvil de grandes acontecimientos, al paso que el tremendo origen de los mas funestos resultados. ¡Hombre! ¡Ah hombre! cuándo aprenderás en la escuela del Redentor los medios de conservar tu grandeza, de adquirir tu libertad verdadera, y de quebrar y arrojar á tus plantas las cadenas que te sujetan! El filósofo de JESUCRISTO ante todo se propone poner en orden sus acciones y sus pasiones; establecer la armonía entre las fuerzas inferiores y superiores; subordinar la carne al espíritu, los placeres á la honradez; dirigir sus facultades al centro y fin señalado por Dios.

«No os alarmeis, hermanos míos, ante esta leccion que á primera vista parece severa y que tiende á quitar al hombre la libertad. No, no; la verdadera idea de la libertad mil veces no la comprendéis. Este nombre, que, bajo el criterio del Catolicismo y de la filosofia, tiene un recto sentido, no puede significar un desenfreno ni una licencia que permite hacer todo lo que venga á capricho, sea malo ó bueno, sea honrado ó vergonzoso.

«Guardémonos de interpretacion tan extraña, pues abate todo el orden divino y humano, desnaturaliza la humanidad, la razon y las demás gloriosas prerogativas que plugo al Criador concedernos.

«La libertad querida de Dios y de los hombres es una facultad que fue dada al hombre, un poder de obrar ó dejar de obrar, empero sometiéndose siempre á la ley divina y humana.

«No ejerce racionalmente su facultad de libertad el que, rebelde é impetuoso, se opone á la ley; no ejerce bien la facultad de la libertad el que contradice la voluntad de Dios y la soberanía temporal.»

El ilustre Cardenal, descendiendo á la especial situacion de la Italia invadida, continuaba desarrollando su sólida enseñanza y haciendo declaraciones encaminadas á tranquilizar los ánimos fuertemente agitados por la política.

«La forma de gobierno democrático adoptado entre nosotros, decia el que habia de ser Pio VII, no está en oposicion con las máximas antes expuestas, ni con el Evangelio; al contrario, ella exige virtudes tan sublimes, como que no pueden aprenderse sino en la escuela de JESUCRISTO, y que religiosamente practicadas formarán vuestra felicidad, la gloria y el espíritu de vuestra re-

pública. Si, que sea la virtud que perfecciona al hombre y le dirige á un excelso objeto, virtud vivificada por las luces naturales y justificada por las enseñanzas evangélicas, el fundamento de nuestra democracia.»

Así el Obispo de Imola manifestaba tener bastante valor de espíritu para elevarse sobre sus afecciones personales, y bastante ilustracion para señalar á las doctrinas políticas que triunfaban entonces el único sistema que podia salvarles, que consiste en la franca adopcion de los principios y preceptos cristianos, sin lo cual es imposible la autoridad y la libertad, cosas ambas apoyadas en la obediencia y en la fe.

Por los párrafos citados se conoce el estilo del que el Señor tenia destinado á sentarse en la cátedra de Pedro; lenguaje suave, elevado, ingenuo, digno á todas luces, que no podia menos de atraer la atencion de cuantos se interesaban en la prosperidad de la Iglesia y de los pueblos.

No es extraño que el conclave, dividido sobre otros candidatos para el trono pontificio, fuese unánime al acordarse del benedictino obispo cardenal de Imola.

Su nombre concilió todas las voluntades.

El día 14 de marzo de 1800 su eleccion fue acordada; Chiaramonti empezó á subir la cuesta violenta del Calvario.

Pio VII dirigió sus primeros esfuerzos á conseguir la restauracion del orden religioso en Francia, celebrando en 1801 el Concordato que ha servido de base en todo el decurso del siglo á las relaciones de la Iglesia y del Estado.

La república, ó mejor, Napoleon, que ya la dominaba, quiso aumentar por sorpresa las prerogativas del poder civil sobre la Iglesia; la promulgacion de las *leyes orgánicas* sustituía en muchos puntos los principios del Concordato, donde con carácter alarmante se establecian los fundamentos de una verdadera secularizacion. El cardenal Caprara protestó con discrecion y energia contra los decretos orgánicos, que en su concepto eran en el fondo *la adueltacion del Concordato*.

La promulgacion del imperio hizo concebir esperanzas de que se allanaria el camino de una cordial reconciliacion. Bonaparte pretendió que el Papa le concediera la gracia de la consagracion solemne. Soñaba sin duda en la grandeza de Carlomagno y de los monarcas, cuya gloria fue acrecentada por la sancion religiosa de su soberanía.

El ánimo de Napoleon no podia darse por satisfecho con el frio del ateísmo; halagábale el espectáculo de toda grandeza; y sin duda la grandiosidad de la liturgia católica se ofrecia á su ambicion como una auréola digna del porvenir que se habia trazado.

Inmenso fue el compromiso de Pio VII al encontrarse con la invitacion del Emperador. No era muy *santa*, que digamos, la cuna del imperio que pretendia ser consagrado; y en la historia política del Consulado no siempre el nombre de Napoleon fue inscrito en el catálogo de los derechos del Catolicismo.

Por otra parte, el robusto brazo del primer Cónsul habia detenido la corriente impetuosa de las obscenidades sociales y de las persecuciones religiosas.

Pio VII se inclinó hácia el favor, determinó consagrar á Napoleon I. Su viaje á Paris dió motivo á una ovacion inmensa; los pueblos y las ciudades bendecian á Dios por permitirles otra vez presenciar la pacificacion de la Iglesia representada en su Pontífice.

Mr. de Fontanes, presidente del Cuerpo legislativo, dirigió á Su Santidad un notable discurso: «Todo ha cambiado, le decia, al contorno de la Santa Silla; solo ella permanece inmutable.»

El presidente del tribunal supremo, Mr. Fabre de Landet, habló al Papa en términos que la cristiandad entera aplaudió sus consideraciones y su lenguaje. Aquel eminente personaje hizo un expresivo elogio del proceder religioso, político y social del Papa; de los progresos que habia alentado en Roma, de la libertad de comercio que habia otorgado, de la proteccion dispensada á la industria, de los sentimientos de beneficencia y amor al pobre que habia manifestado con la elocuencia de los hechos.

«Á pesar de sus pérdidas, concluía el orador, la ciudad de Roma continuará siendo la patria de las bellas artes. Vuestra Santidad ha resuelto explotar á Ostia y el lago Trajano. Todas las obras maestras rescatables son rescatadas por su solicitud. El arco de Séptimo Severo es restaurado, y reaparece la sacra via capitolina. El reinado de Vuestra Santidad es enteramente paternal.»

La ceremonia fue consumada.

Pio VII, á pesar de los temores que muchos abrigaban de que el Emperador no le permitiera regresar á Roma, no vió perdida su libertad. El padre volvió al frente de su familia; empero no por mucho tiempo.

Napoleon tenia un alma diabólica é inquieta; no podia vivir sin tener entre manos la realizacion de algun plan atrevido, y si pudiera ser irrealizable para el que tuviera menos ingenio y menos osadía que él.

Napoleon acariciaba la idea de restaurar el imperio romano. El trono de los Césares era el único que podia saciar la ardiente fiebre de subir y mas subir que le devoraba.

No faltaron pretextos á Napoleon I para emprender la usurpacion del trono romano. Propuso al efecto una alianza absurda, porque se queria que fuese basada sobre hechos que el Papa, atendido su carácter de pastor universal, de ninguna manera podia admitir.

La mas triste correspondencia vino sosteniéndose entre el Papa y el Emperador, entre Consalvi, ministro de Estado pontificio, y Fesch, embajador francés en Roma.

El lenguaje de la corte romana era humilde y digno, noble y dulce; el del Emperador era el que revela la muestra que va á leerse, contestacion á una carta de Su Santidad:

«Beatísimo Padre: He recibido la carta de Vuestra Santidad, fechada el día 20 de enero. Yo participo de todas sus penas; yo comprendo los embarazos que Su Santidad encuentra; empero puede evitarlos Su Santidad marchando por recto sendero, no metiéndose en el dédalo de la política, y no entregándose á consideraciones atentas con las potencias que, bajo el punto de vista de la Religion, son heréticas, y están fuera de la Iglesia, y bajo el punto de vista político, se hallan situadas tan léjos de sus Estados, que ni pueden protegerle, ni perjudicarle. La Italia entera quedará sometida á mi ley. Yo no tocaré en nada la independencia de la Santa Silla; hasta le daré la correspondiente indemnizacion por los perjuicios que mi ejército le cause. Mas todo á condicion de que Su Santidad me guardará en el orden temporal las mismas atenciones que yo le consagro en el orden espiritual, y que cesará las negociaciones inútiles respecto á los herejes, enemigos de la Iglesia y de las potencias, imposibilitadas de ampararle.»

«Vuestra Santidad es soberano de Roma; empero *yo soy su emperador*, y sus relaciones conmigo deben ser las de sus predecesores con Carlomagno. Mis enemigos deben ser los de Vuestra Santidad. No conviene, pues, que ningun agente del rey de Cerdeña, ni ningun inglés, sueco ó ruso, resida en Roma, ni en ningun punto de vuestros Estados, ni que los barcos de aquellos países aporten en litoral pontificio...»

Pio VII vió en la actitud revelada por esta carta el ánimo decidido del Emperador á pisotear todas las reglas de la equidad y de la justicia; el premio de la extraordinaria abnegacion con que Pio VII habia ido á consagrarle fue la mas pérvida ingratitud.

El colegio de cardenales fue convocado; el Papa hizo distribuir una copia de la carta de Napoleon á cada príncipe de la Iglesia.

El decano de aquella augusta asamblea, que era entonces el cardenal Antonelli, natural de Sinigaglia, se levantó, y con tono enérgico dijo: «Yo aseguro en nombre de mis venerables colegas, que todos sabremos elevarnos sobre toda consideracion humana y sobre todo interés particular, obrando segun la fidelidad de las promesas y votos formulados al llegar al cardenalato.»

De treinta y dos cardenales reunidos allí, solo tres optaron por la transaccion; los veinte y nueve declararon inadmisibles las proposiciones del imperio.

El Papa contestó á Napoleon negándose á acceder á condiciones que importarian la abdicacion de la dignidad pontificia. Roma debia ser en adelante como antes la ciudad amiga de las naciones y de los hombres de todos los países.

Talleyrand era el gran consejero religioso del Emperador, y por cierto no abrigaba en favor del Pontífice los sentimientos generosos tan propios de la dignidad sacerdotal de que se hallaba revestido.

Cada dia se indicaba un nuevo conflicto entre las cortes de París y de Roma: la deposicion del Rey de Nápoles y el entronizamiento por Bonaparte de su hermano José excitó una nueva protesta de la Santa Silla, entre cuyos derechos se contaba el de la investidura de todo nuevo monarca napolitano.

Los conflictos preparados estallaron: no se pasaba dia sin que el Pontífice recibiera un insulto á su causa y á su dignidad; ora Napoleon instigaba á un príncipe italiano á que extendiera el régimen del Concordato en su país, sin previo permiso de Su Santidad; ora se arrebatában del dominio del Papa lugares como Benevento y Pontecorvo; ora las tropas imperiales eran lanzadas sobre puertos importantes como Civitavecchia y Ancona.

El trono del Papa era el juguete de Napoleon; Pio VII era el venerable personaje sobre el que descargaba de continuo su enojo. Napoleon decia al Vicerrey de Roma, entre otras cosas: «¿Creerá por ventura el Papa que los derechos del trono son menos sagrados que los de la tiara? Antes de que hubiese papas habia ya reyes... se quiere publicar todo el daño que he hecho á la Religion, ¡insensatos! ¿ignoran que no hay un rincón de mundo en Alemania, Italia, Polonia, en donde yo no haya hecho mas bien á la Religion que mal del Papa ha recibido?... ¿quieren denunciarme á la cristiandad? ridículo proyecto que no es de nuestra época; á lo menos hay en ello un error de mil años de data. El Papa que se lanzara á tal empresa dejaria de ser papa á mis ojos; yo le consideraria como el *Antecristo*... Si esto aconteciera, yo estableceria una policia tan rígida, que ya no fuese posible ninguna comunicacion con Roma, ni la circulacion de ciertas piezas misteriosas, ni la celebracion de

ciertas reuniones subterráneas... ¿Qué espera conseguir Pio VII denunciándome á la cristiandad? ¿Poner en interdicto mi trono? ¿Piensa tal vez que las armas caerán entonces de las manos de mis soldados?... El Papa actual *se tomó la molestia* de venir á coronarme en París; yo he reconocido en él un santo prelado; pero pretendia que le cediera las Legaciones. Yo no he querido. El Papa es actualmente demasiado poderoso; los sacerdotes no tienen la mision de gobernar... ¿Es el papa mas que JESUCRISTO? Si se continúa turbando la marcha de mis negocios, quizá no esté lejos el dia en que yo no reconoceré en el Papa sino un obispo igual al de mis Estados, y entonces yo seguiré adelante sin papa... los derechos de la tiara se reducen á humillarse y á orar... yo seré siempre Carlomagno para la corte de Roma, jamás me resignaré al papel de Luis el Débonnaire...»

Despues de la lectura de los fragmentos leidos se comprenden perfectamente dos cosas: la inmensa amargura del alma de Pio VII y el implacable orgullo del corazon de Bonaparte.

Todo indicaba que el partido se hallaba tomado, que el crimen tenia su programa, y que solo para realizarlo se esperaba la oportunidad.

El Emperador, además de formular tamaños insultos, como los que se han leido, dirigidos á la autoridad pontificia, propuso al Papa, por conducto de Mr. Champagny, la firma de un documento en el que entre otras peregrinas cosas se encerraban estas dos proposiciones:

1.^a *Que la soberanía espiritual de la Iglesia puede ejercerse con utilidad y gloria para la Religion sin la union con la soberanía temporal, donde quiera que la Santa Silla se encuentre.*

2.^a *Que el Concilio general es el solo órgano de la Iglesia infalible, árbitro supremo de todas las controversias religiosas.*

Así Napoleon, despues de haber protestado de su íntimo respeto al ejercicio de la autoridad pontificia, venia á proponerle la abdicacion de su magisterio divino y de su principado apostólico.

Los proyectos de tratados se sucedieron continuamente; Napoleon, que afectaba cierto desden por la autoridad é influencia del Papa, daba interiormente suma importancia á las concesiones que arrancarle pretendia: de ahí su insistencia para con los cardenales Caprara, Bayanne y otros; pero llevado de su orgullo y energia militar, Napoleon, al paso que iba proponiendo la paz, invadia provincias que se mantenian fieles á la autoridad del Papa.

Pio VII, lleno de justa indignacion, vilipendiada su autoridad, determinó cortar enérgicamente sus relaciones con el Emperador.

El dia 9 de noviembre de 1807 escribió al cardenal de Bayanne: «Los atentados cometidos en Ancona, Macerata, Urbino, Fano y en otras ciudades de aquellas provincias durante la negociacion, nos sorprenden é indignan. Como semejante conducta excita justamente en Nos un resentimiento profundo, y nos indica lo que debemos esperar del Emperador, suspendemos *ipso facto* todos los poderes que os conferimos á Vos y á nuestro Legado, relativos á la negociacion, prohibiéndoo usar en lo mas mínimo de ellos en el caso de que no esté terminada la negociacion; y, si lo fuera, la declaramos nula y de ningun valor, debiendo prepararos á regresar á Roma.»

Posteriormente el Emperador propuso las bases de un convenio en el que, si cabe, mas que en los anteriores, se sacrificaba la autoridad y la dignidad de la Santa Silla, y bien pudiéramos decir hasta su honor.

Basta decir que contenía aquel proyecto dos proposiciones audaces, como las ya anteriormente citadas con referencia á otro proyecto:

«1.ª La Santa Silla, decía una de aquellas proposiciones, se obliga á no formular ninguna protesta contra las libertades de la Iglesia galicana, á no procurarle ningun perjuicio y á no hacer ningun acto público ni secreto que le sea contrario.

«2.ª La Santa Silla se obliga á no hacer ni permitir nada conteniendo algo positivo para turbar las conciencias, ó sembrar la division en los Estados de S. M.»

En aquel proyecto Napoleon proponía la explícita aprobacion por el Papa de todas las usurpaciones verificadas en Europa.

La resistencia de Pio VII fue la señal de la nueva invasion de Roma.

El 2 de febrero de 1808 los batallones imperiales tomaron posesion de la Ciudad santa; el Papa, lleno de confianza en Dios, celebraba con sobrenatural tranquilidad el misterio de la Purificacion, cuando la plaza del Quirinal, en cuya capilla tenia lugar la funcion religiosa, se llenó de cañones apuntados á los balcones del indefenso Pastor.

El Papa opuso una sola arma al carácter invasor; una protesta digna é irrecusable: «La Santidad del papa Pio VII, nuestro señor, no habiendo podido atemperarse á todas las exigencias del Gobierno francés, porque se lo prohibian la voz de su conciencia y lo sagrado de sus deberes, ha creído deber arrostrar las consecuencias desastrosas con que se le ha amenazado, en caso de una negativa, hasta la invasion de la capital en que está su silla. Resignado en la humildad de su corazón ante los impenetrables juicios del cielo, pone su causa en manos de Dios; mas no queriendo faltar á la esencial obligacion de garantizar los derechos de su soberanía, nos ha ordenado protestar, como formalmente protesta en su nombre y en el de sus sucesores, contra toda usurpacion de sus dominios, siendo su voluntad que permanezcan siempre intactos los derechos de la Santa Silla.

«Vicario en la tierra del Dios de paz que nos enseñó por su ejemplo la dulzura y la paciencia, no duda que sus queridos súbditos, que tantas pruebas le han dado de adhesion y obediencia, harán todos los esfuerzos posibles para conservar la tranquilidad pública y privada. Exhórtales y ordénales expresamente Su Santidad que se abstengan de causar daño alguno á nadie, respetando hasta á los individuos de una nacion que tantos testimonios de respeto y de cariño le dió durante su reciente viaje á París.»

Esta protesta fue firmada por el cardenal Casoni, *secretario de Estado*.

La simultaneidad del ejército invasor y del Papa en Roma produjeron cada dia conflictos graves.

La audacia de los agentes del imperio llegó hasta á poner la mano sobre los cardenales mas íntimos de Su Santidad, arrebatándoles de su misma presencia. El cardenal Gabrielli, prosecretario de Estado, fue víctima de uno de los bruscos atentados de aquellos hombres que se complacian, gracias á una miserable adulacion, en agravar mas las tiránicas órdenes del poder.

Pocos dias despues del cautiverio del cardenal Gabrielli, los mismos hombres, á presencia misma de Pio VII, pretendian echar mano al cardenal Pacca.

Entonces Su Santidad, no pudiendo contenerse mas, exclamó: «Id, decid á vuestro general que ya estoy cansado de sufrir tantos insultos y ultrajes de

parte de un hombre que todavía se atreve á llamarse católico: no ignoro cuál es el objeto de todas estas violencias; preténdese separarme poco á poco de mis consejeros para colocarme en la imposibilidad de ejercer mi ministerio apostólico y de defender los derechos de mi soberanía temporal. Yo ordeno á mi ministro el no obedecer las órdenes de una autoridad ilegítima y de seguirme en mi cautiverio. Sepa vuestro general que si la fuerza debe arrebatármelo de mi lado, no será sino despues de haber hecho añicos todas las puertas.»

Este episodio hizo rebosar la copa de la desesperacion en los imperiales. El cautiverio fue decretado.

El 17 de mayo de 1809 Napoleon expidió en su campo imperial de Viena un decreto en cuya virtud todos los Estados pontificios quedaban anexionados al imperio francés. La ciudad de Roma era declarada ciudad imperial y libre. Un Consejo, puesto bajo la dependencia del Ministerio de Hacienda, debía tomar posesion de los Estados pontificios á fin de que el régimen constitucional pudiera funcionar á 1.º de enero de 1810.

El dia 10 de junio de 1809 el Papa, perdido ya el último destello de esperanza, publicó solemnemente una bula de excomunion.

En la noche del 5 al 6 de julio se consumó la terrible iniquidad; por segunda vez en pocos años Roma vió por la noche traidoramente arrancado de su seno á su Pontífice querido.

Pio VII, á quien el general Radet había exigido la abdicacion de la soberanía temporal, se vió preso, cautivo y arrebatado del seno de su pueblo, por haber dicho un *non possumus* irresistible.

Diez años habían transcurrido desde que su augusto antecesor había devorado las amarguras del cautiverio, y sobre las huellas santas de aquel mártir, Pio VII recorría la senda del sacrificio.

Por todas partes el pueblo atestiguaba la ferviente piedad que á la Santa Silla profesaba; muchedumbres llenas de celo se esforzaban en arrebatár al Papa de manos de sus carceleros. En Mondovi las Órdenes religiosas salieron procesionalmente al encuentro del Padre Santo; en Grenoble, la guarnicion de la inmortal Zaragoza española, que se hallaba allí prisionera de guerra, se presentó en cuerpo ante Su Santidad, y de rodillas á una voz impetró la bendicion del Vicario de JESUCRISTO.

Así el Papa cautivo y el pueblo cautivo; pueblo y Papa víctimas de una misma tiranía, se encontraron por permission de Dios en el camino de la amargura. El cielo quiso premiar el valor, las virtudes, el heroismo de los soldados zaragozanos disponiendo las cosas de manera que pudieran recibir una bendicion apostólica, dada con una solemnidad especial, la solemnidad del cautiverio pontificio.

Aviñon recibió al Papa con un cántico universal de *hosanna*; las poblaciones de los alrededores se precipitaron como torrentes á la capital, anhelosas de saludar al Ungido del Señor; las puertas de la ciudad se cerraron, y á duras penas pudieron los guías de Pio VII abrirse paso entre las muchedumbres expectantes.

Aix reprodujo el espectáculo de Aviñon. La Provenza entera suspendió los trabajos y el comercio al saber que pisaba su suelo el Pontífice romano. Niza tampoco desmintió su fe; cien mil personas esperaron, la rodilla en tierra, junto al puente de Var, la llegada del triunfante cautivo.

Napoleon empezó á convencerse de una verdad que había negado en el

fondo de su alma, esto es, la existencia de una gloria independiente de las batallas. No habia comprendido que se puede ser desgraciado y querido; no admitia la posibilidad de la popularidad y del cautiverio simultáneos.

Y sin embargo veia levantarse al lado de su gloria soberana la gloria del objeto de su saña impremeditada, de su persecucion brusca.

Las grandes escenas desplegadas por los pueblos italiano y francés durante el cautiverio de Pio VII encendieron en el Emperador el deseo de una alianza aparente con el Jefe de las conciencias. Á pesar de la audacia de su carácter, no se sentia con fuerza suficiente para declarar guerra abierta á la humanidad cristiana.

Para dar á conocer al pueblo que el cautiverio de Pio VII era motivado por cuestiones puramente políticas, se propuso obtener las letras apostólicas concediendo la institucion canónica á los sacerdotes nombrados para llenar las sillas episcopales vacantes.

Muchas gestiones directas é indirectas hizo el Emperador para obtener aquel resultado; á una carta del cardenal Caprara Pio VII contestó con otra que revela la fortaleza de su espíritu, y es la mas contundente vindicacion de la negativa constante sostenida contra las imperiales pretensiones.

«Despues, decia Su Santidad, despues de haberse permitido el Emperador tantas innovaciones puestas en el órden religioso, contra las que en vano Nos hemos protestado; despues de las vejaciones ejercidas sobre tantos dignos eclesiásticos de nuestros Estados; despues de la deportacion de tantos obispos y de la mayor parte de nuestros cardenales; despues del encarcelamiento del cardenal Pacca en Finistrella; despues de la usurpacion del patrimonio de san Pedro; despues de habernos visto Nos mismo asaltado á mano armada en nuestro propio palacio, transportado de ciudad á ciudad tan estrechamente vigilado que los obispos de muchas diócesis, por las que hemos pasado, no han podido ni siquiera saludarnos, y casi nunca hablarnos sin testigos; despues de tantos y tamaños atentados sacrílegos y de otra multitud de hechos, que seria largo contar, anatematizados por los concilios generales y por las constituciones apostólicas, ¿hemos hecho nada mas que obedecer á los concilios y á las mismas apostólicas constituciones, como reclamaba nuestro deber? ¿Cómo, pues, podríamos hoy reconocer en el autor de tantas violencias el derecho en cuestion y dar nuestro beneplácito para que lo ejerciera? ¿podríamoslo Nos sin hacernos reo de prevaricacion, sin colocarnos en contradiccion abierta con Nos mismo, y sin dar pié á creer, con escándalo de los fieles, que abatidos por los males que sufrimos, y espantados ante la perspectiva de los peores que nos amenazan, Nos somos bastante débiles para hacer traicion á nuestra conciencia y aprobar aquello que debemos proscribir? Pesad estas razones, señor cardenal, no en la balanza de la prudencia humana, sino en la del santuario, y reconoceréis su fuerza...

«...Si el Emperador quiere verdaderamente la paz de la Iglesia católica, empiece por reconciliarse con su Cabeza; renuncie á llevar adelante estas funestas innovaciones, contra las que no cesamos de reclamar; devuelva la libertad á Nos, á nuestra Silla y dependientes; restituya las propiedades que forman, no nuestro patrimonio, sino el de San Pedro; coloque otra vez en la cátedra de Roma á su Pastor; devuelva á nuestro lado los cuarenta cardenales que nos ha arrebatado; reintegre á las sillas episcopales los obispos desterrados, y no dude que entonces renacerá la armonía.»

No puede concebirse un lenguaje mas justo, ni al mismo tiempo un proceso mas breve y contundente contra Napoleon I, que el que se manifiesta en este documento.

Sin embargo, Bonaparte era el hombre de la perseverancia y de la astucia. La firmeza de las palabras leidas hubiera bastado á desanimar el corazon de cualquier otro hombre; Bonaparte no era como el vulgo; recibia mas valor á medida que se iba alejando la posibilidad de obtener la realizacion de su plan.

Empezó aislando completamente al Pontífice, no permitiendo se le acercaran sino aquellos prelados y estadistas imbuidos en sus maquiavélicos proyectos.

Pio VII se encontró solo, desamparado, sin consejeros de su confianza, condenado á recibir á todas horas comisiones «simuladas» de pueblos y diócesis que le pintaban la negrura del porvenir de la Iglesia si él no cedia algo. Diéronle á entender que estábamos en vísperas de estallar una persecucion inaudita; pintósele al vivo los conflictos de los fieles; expuestos al martirio los impertérritos, y los blandos á la apostasia.

El Papa, cuyo corazon angelical sentia de antemano las aficciones de sus hijos, conmovióse pensando en la responsabilidad que podía caberle si llevara un paso mas adelante de lo justo la resistencia á aquellas representaciones.

Despues de un combate terrible entre sus sentimientos humanitarios y su conciencia pontificia, creyó que la conciencia quedaba al abrigo de la responsabilidad cediendo, para evitar las pavorosas escenas que como inevitables se le acababan de pintar.

Convino, pues, el Papa en conceder las bulas de institucion á los obispos bonapartistas, y en extender el Concordato de 1801 á las iglesias de Toscana, Parma y Placencia.

Ningun país del mundo ha sido teatro de padecimientos morales comparables con los de Pio VII en Savone. ¿Qué martirio el de un hombre colocado en el aislamiento mas absoluto, solo rodeado de adversarios y sospechosos, y que, sin embargo, una palabra suya puede envolver al mundo en una catástrofe!

Pio VII se sintió vivamente agitado despues de hechas las concesiones.

Napoleon I, al saber el éxito de la comision que habia obtenido del Papa promesas tan importantes, extendió un decreto convocando un concilio nacional en París, decreto que fue presentado á Pio VII para su aprobacion.

Algunos cardenales sobornados por el imperio constituian una especie de Consejo que creaba atmósfera al rededor del Pontífice para facilitar las concesiones pretendidas. El cardenal Revarella era uno de los miembros mas activos de la seccion del colegio apostólico que podemos calificar de antiromana.

Gracias á los manejos de los imperialistas, el Papa cedió á la exorbitante pretension de que aprobara el decreto convocatorio del concilio de París, en el que debian tener asiento los obispos tan anticanónicamente nombrados, bien que subrepticamente confirmados.

Sin embargo, Napoleon seguia abrigando el intento de transformar el Con-